3 1761 08831820 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST MAY 1 5

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/paratalculpatal00eche

EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

PARA TAL CULPA

TAL PENA,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSE ECHEGARAY.

TERCERA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.º
1883.

PARA TAL CULPA TAL PENA.

ADVERTENCIA.

Esta obra fué escrita hácia el año 1867, si mal no recuerdo, y es el segundo de mis ensayos dramáticos. En aquel principio sólo tenía un acto y se titulaba *Una mentira piadosa*. Andando el tiempo llegó á tener dos actos, y con el título de *La hija natural* la presenté á la empresa del Circo. Por último, con el nombre que hoy lleva, y con algunos retoques y remiendos, se ha representado en el teatro Español en la noche del 27 de Abril del año corriente que es el de 1877.

PARA TAL CULPA TAL PENA,

DRAMA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el dia 27 de Abril de 1877.

TERCERA EDICION.

MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.º 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ELENA	SRTA. BOLDUN.
DON JUAN	SRES. VICO.
DON ANSELMO	OLTRA.
DON CÁRLOS	CALVO.
TRISTAN	FERNANDEZ.
PEDRO	ROMEA.
MENDO	MORENO.
BELTRAN	ARROYO.
UN CRIADO	PRAST.

La accion en Madrid. —Época de Felipe II.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon grande y oscuro sin arquitectura determinada: en el fondo una puerta: á la izquierda del espectador, y figurando que está practicada en el espesor del muro, una ventana de medio punto dividida en otros dos medios puntos interiores por una columna: á la derecha una puerta con tapiz; junto á la ventana un sillon: del lado opuesto una mesa y otro sillon: sobre las paredes trofeos de diversas armas, corazas, capacetes, hachas, espadas, lanzones, alguna bandera, un manto, etc.: junto á la puerta de la derecha una mesa-reclinatorio con un crucifijo: entre la puerta y el reclinatorio, suspendido de la pared y cubierto con un paño negro, el retrato de una mujer.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, TRISTAN.

Tristan sentado en el sillon que está junto á la ventana y leyendo en un libro: D. Juan sentado á la mesa y escuchando con impaciencia mal contenida. Es la caida de la tarde grandes sombras en el salon.

JUAN. ¿Y qué más?
TRISTAN. (Leyendo.) «El caballero
»arrojó á tierra el escudo,

»y levantando el desnudo
»y nunca vencido acero,
»tan descomunal mandoble
»sobre el moro descargó,
»que fué para quien lo vió
»ver á un rayo hiriendo á un roble;
»de tal manera al bajar
»la ancha espada centelleaba,
»y tan sereno esperaba
»el recio golpe Aliatar. .»

JUAN. Bueno, basta, ¡vive Dios!
déngle al infiel sepultura.

TRISTAN. Aún no acabó la aventura.
Hemos dejado á los dos...

JUAN. Basta digo, ¡voto á san!
Ya me cansa ese librote.
Si por cada tajo ó bote
de lanza que dió don Juan
se echara á escribir patrañas
otro cual ese babieca,
trocáranse en biblioteca
las tierras de las Españas
Al necio que lo escribió
el diablo se lleve.

TRISTAN. Amen.

JUAN. Me crispa...

TRISTAN. Y á mí tambien.

JUAN. No te agrada el libro?

TRISTAN. No.
Ni me gusta, ni me halaga;
yo sólo por vos leía,
y pues ya concluye el dia
y el crepúsculo se apaga,
aprovéchese el hereje
de sus últimos instantes,
y el libro dejemos ántes
de que á nosotros nos deje.
(Cierra el libro. Pausa: ambos continúan en sus sillones.)

JUAN. (Mirando á todas partes, pero sin levantarse.)
Ya con las sombras se viste
de la noche todo el muro.

¡Qué oscuro!

TRISTAN. Sí, muy oscuro.

JUAN. ¡Y qué triste!

TRISTAN. Sí, muy triste.

(El escudero repite siempre como un eco las palabras de su señor. Pausa.)

JUAN. Toda mi vida pasada
vino á ese muro á morir.
Mira de Alcazarquivir
mi rota y sangrienta espada.
De Aben-Abóo fué aquel manto:
de la Alpujarra lo traje.
Mira mi hacha de abordaje,
la que me sirvió en Lepanto.
El alfange de Haradin;
mi doble cuero de Flándes;
mi machete de los Andes:
mi lanzon de San Quintin.
Destrozados coseletes,
filos mellados de acero.
duro frontal de mi overo,
rodelas y capacetes,
hierros que me habeis servido
sobre el campo de batalla,
dormid en esa muralla
bajo sombras del olvido.
¿Qué peregrina virtud
tuvísteis que ya pasó?
¿Qué luz os iluminó?

TRISTAN. La fuerza y la juventud.

JUAN. No, Tristan, aun soy yo fuerte:
nadie mi brazo doblega.

TRISTAN. No importa: la vejez llega,
y con la vejez la muerte.

JUAN. La vejez: la muerte en pos:
¡la muerte!

TRISTAN. Aunque disteis muchas
en vuestras heróicas luchas,
una ha de haber para vos.

JUAN. Y de todo mi pasado,
de cincuenta años de guerras,
de cruzar tierras y tierras,

dí, Tristan, ¡qué me ha quedado?

TRISTAN. ¿Qué os ha quedado? Volved
de aquel tiempo á la memoria,
y escrita vereis su gloria
con hierro en esa pared.

JUAN. ¡La gloria! No basta.

TRISTAN. ¡No!
¿Qué más quereis?

JUAN. ¿Qué más quiero?
¡Un cariño verdadero! (Pequeña pausa.)

TRISTAN. ¿Acaso, no os quedo yo?

JUAN. ¿Tú? Buen remedio y seguro
para ahuyentar la tristeza.
Mira, Tristan, con franqueza,
mejor bajo el viejo muro,
(Señalando á la pared.)
las negras sombras arrostro
de tanta férrea armadura,
que tu enlutada figura
y tu amarillento rostro.
Ese marcial paramento
consuela si no entusiasma,
tú, en cambio, eres el fantasma
de mi propio pensamiento.

TRISTAN. Yo, señor, soy como soy:
por vos mi sangre vertí:
á donde vos fuisteis, fuí,
y donde hoy estais, estoy.

JUAN. Pues por eso eres mi sombra:
por eso en tí reflejada
ve mi anhelante mirada,
y más se espanta que asombra,
mi propio caduco ser,
solitario, envejecido...
(Se levanta y lentamente se aproxima á Tristan.)
¡Mira, mira lo que he sido!
(Señalando los trofeos del muro.)
¡Mira lo que vine á ser! (Señalando á Tristan.)
Este viejo caseron
siempre solo y siempre triste,
esqueleto que resiste
del tiempo la destruccion

tan mal, que sólo la hiedra,
allá fuera, y en sus salas
la ortiga, forman las galas
de su osamenta de piedra.
Tumba negra y anchurosa,
que sólo algun servidor
cruza casi con pavor
y con planta silenciosa.
Tumba, Tristan, á mi ver,
es esta en que nos hallamos,
y en la que los dos formamos
de tal modo un solo ser,
que el cuerpo pienso, Tristan,
que quedó tan sólo en mí,
y que estoy mirando en tí
la propia alma de don Juan.
Y la encuentro tan gastada,
tan triste y envejecida,
tan sola ya y tan sin vida,
que á veces mi mano airada,
viéndome á mí mismo al verte,
por adquirir la certeza
de que muere mi tristeza
te diera, Tristan, la muerte.

TRISTAN. Si juventud y alegrías
por vos, señor, desprecié,
claro es que no os negaré,
cuando se cuenta por dias,
y cuando ya se deshace
en el polvo de la huesa,
esta vida que me pesa.
Tomadla si aquesto os place.

JUAN. No: si me enojas, Tristan,
es que en tí me miro yo.
No es á mi escudero, no,
á quien odio; es... á don Juan.
(Golpeándose el pecho. Pausa.)

TRISTAN. En vuestro derecho estais.
(Nueva pausa: es ya de noche.)

JUAN. ¡Mala bala de arcabuz!
Pide luces.

TRISTAN. (Aproximándose al foro.) Mendo, luz.

(Vuelve al centro: Mendo trae una lámpara que deja sobre el reclinatorio, y despues sale.)

JUAN. Lo dicho.

TRISTAN. ¿Conque os odiais?

(D. Juan hace una señal afirmativa.)

¿Y por qué?

JUAN. ¿Lo sé yo acaso?

La soledad me entristece.

TRISTAN. ¿Á vos?

JUAN. Digo: me parece. (Pausa.)

TRISTAN. ¿Y qué vais á hacer?

JUAN. Le caso.

(Levantando la cabeza y mirando á Tristan.)

TRISTAN. ¿Á Cárlos?

JUAN. Sí: con Cecilia.

TRISTAN. La duquesa?...

JUAN. Pues

TRISTAN Comprendo.

De la soledad huyendo
vais buscando una familia.
¡Y si no la ama? ¡Es cruel!..

JUAN. Por algo soy su tutor.

TRISTAN. (Acercándose á D. Juan y en voz baja.)

Tiene Cárlos otro amor.

JUAN. El diablo cargue con él. (Estallando su enojo.)

Se casará porque es justo:
¿un mozo loco, un bergante,
y una mozuela intrigante
han de contrariar mi gusto?
Enviaré al viejo á galeras
con la piel bien azotada,
y á la niña recatada
á la cárcel de rameras.

TRISTAN. Ejecucion fuera doble,
mas no sé si fuera justa.

JUAN. Siempre irritarme te gusta.

Pretender en casa noble,
cual la de Cárlos Aguado,
penetrar gente villana,
asaltando la ventana
con la ayuda del pecado
de más mundano aparejo,

porque dé la niña gozo
á liviandades del mozo
con tercerías del viejo;
¿acaso no es ambicion
que nobles y reyes penan
con ciento de los que suenan?

TRISTAN. Sí.

JUAN. Luego tengo razon.

ESCENA II.

D. JUAN, TRISTAN, MENDO.

MENDO. (Ap. y con misterio á D. Juan.)
(Al fin vinieron.)

JUAN. (En voz alta.) Los tres?

MENDO. (Lo mismo.) Los tres, y esperando están.
Llevó cuatro hombres Bertran
por si era preciso.

JUAN. (Á Tristan.) Ves?

TRISTAN. Ellos?

JUAN. Ellos, sí.

MENDO. Llegó:
y á niña, viejo y criado,
dijo Bertran: «de buen grado
me seguís, ú os llevo yo.»

JUAN. Y el vejete?

MENDO. Está que trina.

JUAN. Y la niña?

MENDO. Está llorosa.

JUAN. Y es hermosa?

MENDO. Muy hermosa.

ESCENA III.

D. JUAN, TRISTAN, MENDO. un CRIADO.

Este último por la puerta de la derecha.

CRIADO. Don Cárlos.

JUAN. Algo adivina,
y viene á implorar al juez

ó viene á parar el golpe.
No quiero que se me agolpe
toda la gente á una vez.
Entreten á Carlos tú, (Á Tristan.)
y tú me traes al Criado. (Á Mendo.)

MENDO. Está el viejo muy airado.

JUAN. Que espere, por Belcebú!
Y si mucho se impacienta,
ó si acaso te replica,
con el cuento de una pica
le das de recio y sin cuenta.
Qué esperais? Mendo! Tristan!
pronto, salid á buscarlos!
Tú por allí, y á don Cárlos; (Á Tristan.)
tú por allá, y al truhan. (Á Mendo.)
(Salen: Tristan y el Criado por la derecha; Mendo por el foro; D. Juan se sienta junto á la mesa.)

ESCENA IV.

D. JUAN, despues PEDRO.

JUAN. Casi estoy de buen humor;
casi no siento tristeza.
(Pedro entra por el fondo.)
Vamos, la batalla empieza.
Has entrado ya? (Sin volver la cabeza.)

PEDRO. Señor...
(Con humildad, casi con miedo.)

JUAN. Acércate, perillan.

PEDRO. Pedro me llaman los amos.

JUAN. Pues te equivocan el nombre.
ó son necios ó bellacos.

PEDRO. Lo decís de una manera
que no acierto á replicaros.

JUAN. Y haces bien, si bien estás
con tu pellejo, villano.
Yo tengo poca paciencia.

PEDRO. Lo he conocido hace rato.

JUAN. ¿Qué prefiere tu malicia,
hablar recibiendo en cambio
esta bolsa, ó que te den

veinte ó treinta cintarazos?

PEDRO. Venga la bolsa, señor.

JUAN. Pues toma. (Le da la bolsa.)
Yo sé que tu amo
es un tunante, un truhan.

PEDRO. No lo había sospechado.

JUAN. Pues lo he sospechado yo.

PEDRO. ¡Quién pensára!... Dos, tres, cuatro...
(Contando las monedas.)

JUAN. Y que tu ama...

PEDRO. Cinco, seis...

JUAN. Es un anzuelo del diablo.

PEDRO. ¡Quién fuera pez en el rio
en que anzuelos de tal gancho
usa Luzbel y pasase
de ser pez á ser pescado!

JUAN. Pues sé todo esto y aún más.

PEDRO. Pues yo, señor, no sé tanto.

JUAN. Si sabes y has de decirlo.

PEDRO. (Ap.) (¿Qué querrá que diga?)

JUAN. Vamos:
en ruines bellaquerías,
en miserables engaños,
por quien lo afirma y lo prueba,
sé que trafican tus amos.
Conque venga la verdad
si quieres de entre mis manos
escapar.

PEDRO. No he de querer.

JUAN. Pues habla pronto.

PEDRO. Y muy claro.
(Ap.) (¿Dónde estará la salida?)

JUAN. ¿Qué esperas?

PEDRO. ¿Yo? nada.

JUAN. Al caso.

PEDRO. (Aturdido y hablando de prisa.)
Muchos favores os debo,
y más deberos aguardo:
con peregrina elocuencia,
y con acento encantado,
que mágia y encanto tienen
estos sonidos metálicos,

(Haciendo sonar la bolsa.)
por vos, señor, se interesan
los diez redondos ducados,
que merced á su merced
miro brillar tan ufano,
por entre las anchas mallas
de ancho bolson encarnado.
al reflejo de esa luz
de aquestas tinieblas astro,
como mira el pescador
los pececillos incautos
saltar dentro de la red.
luciendo en giros variados
sus argentinas escamas
del sol poniente á los rayos.
Mas...

JUAN. ¡Por Dios, que si esta vez
no me contestas, menguado,—
tú, el de los peces de plata,
que son los que saca tu amo,
con las redes de la niña
de las aguas del pecado,
—que has de ver aquesta daga
brillar en mi fuerte mano,
cual brillan entre las nubes
del sol los últimos rayos;
y como él ha de buscar
en tu sangre rojo baño,
que imite allá de Occidente
el rico purpúreo manto!

PEDRO. No es preciso que esa daga
pase del cinto á la mano,
para que cumpla cual debe
cumplir siempre un hombre honrado
Sonsáqueme su merced.

JUAN. ¿Cómo se llama el anciano?

PEDRO. Don Anselmo.

JUAN. ¿Nada mas?

PEDRO. Á secas: como su trato.

JUAN. ¿Luego su apellido?...

PEDRO. Ignoro
si es señor apellidado.

JUAN. Será noble?
PEDRO. En el pedir,
que en el dar ni aún es hidalgo,
JUAN. ¿Es soltero?
PEDRO. No lo sé:
mas su genio es de casado.
JUAN. ¿Doña Elena?
PEDRO. Que es, afirman,
hija suya.
JUAN. ¿Y mienten?
PEDRO. Tanto
deciros no podré yo,
la fé nos salve?
JUAN. Villano:
dí cuanto sepas.
PEDRO. Diré.
La guarda como oro en paño
como á su dama el celoso,
como su plata el avaro,
como su perla la concha
del hondo mar en los ámbitos;
que es doña Elena, señor,
bajo su humilde tocado,
por hermosa plata y oro,
de virtud, segun el amo,
perla escondida que nunca
el aire rozó liviano.
JUAN. ¿Y dice verdad?
PEDRO. No sé.
JUAN. (Con impaciencia echando mano á la daga.)
Si sabes.
PEDRO. ¿Contar?
JUAN. Contando.
¿Alguien la enamora?
PEDRO. (Acercándose con misterio.) Sí.
JUAN. ¿Cómo se llama?
PEDRO. Don Cárlos.
JUAN. ¿Y aqueste tiene apellido?
PEDRO. Por ahora tiene.
JUAN. Mas claro.
PEDRO. Tiene mientras no le dé,
pero no lo tiene en dándolo.

JUAN. ¡Á esa mujer!
PEDRO. Se supone.
JUAN. ¿Lo dice ella?
PEDRO. No: Don Cárlos.
JUAN. ¿Escuchaste?...
PEDRO. Algunas veces.
JUAN. ¿Y él jura?
PEDRO. Darle su mano.
JUAN. ¿Sin contar?...
PEDRO. Con nadie cuenta.
JUAN. ¿Y ella cree?
PEDRO. No hay que dudarlo.
JUAN. ¿Pero la engaña?
PEDRO. ¿Quién sabe?
JUAN. Está claro.
PEDRO. Está nublado.
JUAN. Pues yo seré de esas nubes,
que niña y viejo forjaron,
para iluminarlas, luz,
para desgarrarlas, rayo,
y huracan para barrerlas
girones hechas y llanto.
PEDRO. Lo creo, señor; lo creo:
no habeis menester jurarlo.
JUAN. ¿Del mancebo el apellido?
PEDRO. Ya sabeis...
JUAN. Pronto.
PEDRO. De Aguado.
JUAN. Lo sabía.
PEDRO. Su tutor
sois: casi su padre; vamos,
si la boda no os agrada...
JUAN. ¡Agradarme! ¡Imbécil!
PEDRO. Callo.
JUAN. Respóndeme al punto: ¿dónde
la conoció, cómo y cuándo?
PEDRO. ¿Dónde? En la calle. En la calle
se hacen siempre estos milagros.
¿Cómo? Marchando él delante
de su tutor al amparo:
mi doña Elena detrás:
mi don Anselmo á su lado:

tras de don Anselmo, yo:
y tras de todos, el diablo.
Y alrededor de este grupo,
y entre los rojizos rayos
de un ardiente sol de Junio,
el revuelto populacho
con sus cantares y gritos
hiriendo el azul espacio,
y en sus olas envolviéndonos,
y entre sus olas llevándonos:
así por primera vez
vió á doña Elena don Cárlos.

ESCENA V.

D. JUAN, PEDRO, MENDO por el fondo.

MENDO. (Á D. Juan con precipitacion.)
Jura el viejo por Luzbel,
y la niña está llorando,
y Bertran ya frunce el ceño
y mira á sus cuatro bravos,
y enseña el mastin los dientes,
y aunque en sombras el estrado,
á un espadon de dos filos,
que dejásteis en un ángulo,
torvas miradas dirige
desde su asiento el anciano.
JUAN. Deja que miren y juren,
y si á esa espada, que harto
sé cuál es y de quién viene,
osara llegar su mano,
sin escrúpulo la cortas,
que aquese hierro es sagrado.
MENDO. Y no pudiera entrar ya?...
JUAN. Ántes quiero hablar á Cárlos.
Á los otros yo bien sé
que hay manera de ablandarlos;
pero el mozo es iracundo,
CARLOS. No espero más. (Desde dentro.)
TRISTAN. (Tambien desde dentro.) Señor...
CARLOS. Paso.

JUAN. Á rugir ese leoncillo se atreve?
Guarda el leopardo.

ESCENA VI.

D. JUAN, CÁRLOS, PEDRO, TRISTAN, MENDO.

D. Juan se dirige á la puerta de la derecha: al llegar se levanta el tapiz y aparece Cárlos, que, al ver á D. Juan, se detiene: detrás de Cárlos viene Tristan.

JUAN. Quién alzó la voz?
CARLOS. (Dominado por D. Juan.) Señor...
JUAN. Quién pidió camino franco
para llegar hasta mí?
CARLOS. (Reponiéndose.)
Quien tiene, señor, que hablaros.
JUAN. Pues primero has de ser tú
que los que están aguardando;
que entre el hijo de un amigo,
y rufianes y bellacos,
no es dudosa la eleccion,
voto á Satanás!
(Á Mendo y Pedro.) Dejadnos.
PEDRO. (Ap.) (Es la primera palabra
que oigo á gusto de sus labios.)
(Mendo y Pedro salen.)

ESCENA VII.

D. JUAN, TRISTAN, CÁRLOS.

D. Juan se sienta en el sillon de la mesa: detrás casi Tristan: á la izquierda D. Cárlos.

JUAN. (Observa su confusion.) (En voz baja á Tristan.)
TRISTAN. (Lo mismo á D. Juan.)
(Confusiones son del alma.
Prudencia, don Juan, y calma,
y en su pobre corazon
no causeis muchos destrozos.)
JUAN. No he menester tus consejos.

TRISTAN. Somos injustos los viejos.
JUAN. Son insolentes los mozos.)
(Pausa.)
¿Deseabas hablarme? (Á Cárlos en voz alta.)
CARLOS. Sí.
JUAN. Pues cúmplase tu deseo.
Habla: pareces un reo.
¿Qué es lo que temes de mí?
CARLOS. Ni nada temo de vos, (Con altivez.)
ni se inclina delincuente
mi limpia y honrada frente
ante nadie...
JUAN. Bien por Dios,
CARLOS. Pecar no quiero de audaz;
mucho, señor, os respeto;
mas deciros el objeto,
sin ambajes, ni disfraz,
debo de aquesta entrevista.
Gente osada, gente ruda,
de respeto harto desnuda,
de insolencia bien provista
en casa de un pobre anciano,
y de una jóven honrada
entró sin duda pagada
para un buen golpe de mano;
y sin razon ni derecho,
de toda justicia en mengua,
con la amenaza en la lengua
y con el puñal al pecho,
sin otra tregua ni espacio,
trajeron segun es fama,
al anciano y á la dama
á vuestro propio palacio.
JUAN. ¿Y tú vienes?...
CARLOS. Señor, vengo
á demandaros justicia.
JUAN. Y ¿qué harás si mi malicia
la niega?
CARLOS. Si no la obtengo
como de vos la reclamo,
por mí mismo la he de hacer.
JUAN. ¿Por qué?

CARLOS. Porque esa mujer
es la mujer á quien amo.
JUAN. Á quien amaste dirás.
CARLOS. Á quien amo: que es forzosa
condicion en quien mi esposa
ha de ser.
JUAN. ¿Ella? Jamás.
Tu esposa será quien pura
ostentar la frente pueda:
dama que á ninguna ceda
ni en virtud, ni en hermosura.
Dama cuyo nombre irradie
glorias del tiempo que fué;
no, Elena... *de no sé qué*,
porque no lo sabe nadie.
No, Elena, que será hermosa
para vértigos de amor,
no para un hombre de honor
por compañera y esposa.
Fuera tu fama poner
de la picota en el banco.
CARLOS. (Ap. y con desesperacion mal contenida.)
(¡Y la lengua no le arranco!)
TRISTAN. (No la insulteis: es mujer.) (Ap. á D. Juan.)
JUAN. (Volviéndose con enojo á Tristan y luégo dirigiéndose á Cárlos.)
Dama que no tiene nombre,
y que apénas tiene padre;
mujer, aunque mal te cuadre,
y por mucho que te asombre,
que en tí ejerce maleficio,
y en ilusiones te mece,
mi respeto no merece,
porque es dama de artificio.
CARLOS. ¿Y he de sufrir esto?
JUAN. Sí.
CARLOS. ¡Tened la lengua, don Juan!
(Avanzando hácia su tutor en son de amenaza: Tristan quiere adelantarse á contenerle: D. Juan se lo impide.)
TRISTAN. ¡Señor!... (Á Cárlos.)
JUAN. Déjale Tristan!...

Mira de frente!

(Á Cárlos cogiéndole por un brazo y obligándole á mirarle. Pausa.)

CARLOS. ¡Ay de mí!

(Se separa de D. Juan y viene á caer abatido y desesperado en el sillon inmediato á la ventana ocultando el rostro entre las manos. D. Juan y Tristan quedan en el centro.)

TRISTAN. (Ap. á D. Juan.) Amásteis alguna vez?

JUAN. ¿Tú preguntas?...

TRISTAN. Sí...

JUAN. No acabes.
Una sola: ya lo sabes.

TRISTAN. Pues sed de vos mismo juez.
Si en tiempo de tanto amor,
de la bella Margarita
complaciéndose en la cuita,
y desgarrando el honor,
en aquesta forma y suerte
os hubiera alguno hablado
¿qué hiciérais al deslenguado?

JUAN. ¿Yo? ¿qué hiciera? ¡darle la muerte!

TRISTAN. Pues entónces...

JUAN. Eran otros
aquellos tiempos, Tristan.
Ni ese mancebo es don Juan,
ni le juzgues por nosotros.
Ni esa mujer, que ejercita
sus artes por su ambicion,
admite comparacion
con mi pobre Margarita.

TRISTAN. ¿Era muy hermosa?

JUAN. Sí.

(Pausa. D. Juan se dirige lentamente al retrato que está entre el reclinatorío y la puerta de la derecha: descorre el paño negro que lo cubre y se queda contemplándolo algunos instantes: Tristan le sigue: Cárlos queda siempre en el sillon sumergido en sus pensamientos.)

TRISTAN. ¿Vos fuisteis?...

JUAN. Fuí muy cruel.

TRISTAN. ¿Y de su hermano?

JUAN. De él...
despues... ni supe, ni oí.
(Nueva pausa. D. Juan viene al centro del escenario dejando descorrido el paño que cubría el retrato. Tras él viene el escudero.)

JUAN. Con todo mi corazon
amaba entónces, Tristan.
(Queda pensativo, luégo dirige una mirada á Cárlos.)
Mírale: casi me dan
sus lágrimas compasion.)
(Se acerca cariñosamente á Cárlos y le pone una mano en el hombro: Cárlos se levanta y le trae D. Juan al centro con aire bondadoso. Pausa.)
Acaso fuí contigo, pobre Cárlos,
y en verdad que me pesa, harto severo.
Tus ilusiones marchitar me duele,
mas hice á tu buen padre juramento
de velar por tu dicha, y siempre cumplo
lo que por Dios ó por mi honor prometo.
Amas á una mujer; no es maravilla,
que algo tambien de amor supe en mi tiempo,
pero villana es ella y tú eres noble:
riqueza, posicion, limpio abolengo,
por costumbre y por ley de nuestra raza
abren entre los dos avismo inmenso.
Si es esa niña torpe aventurera...

CARLOS. No lo penseis, señor.

JUAN. Pues bien te creo;
y con mayor razon te obliga, Cárlos,
si Elena es pura, mi leal consejo.
Yo sé lo que es amar un imposible,
y á una niña gentil mostrar un cielo,
y hacerle despertar al desengaño
desde divino y amoroso ensueño.
Veinte años ya pasaron: ya mi sangre
pasó de lava á derretido hielo,
y siempre que descorro de aquel paño,
harto de soledad, los pliegues negros,
por fuerza misteriosa, rio arriba
me parece que subo por el tiempo.
Aquella horrible despedida eterna,

de una noche de amor preciso término,
aquí en el corazon y en la memoria
surge con sus tristezas y recuerdos.
La estancia en sombras; Margarita loca
de desesperacion; y yo en silencio,
sin escuchar sus gritos de agonía,
rechazándola cruel, cobarde huyendo.
De sus desnudos brazos que ceñía
por detenerme á mi tostado cuello,
aún el dulce calor, la presion tierna,
y el convulsivo afan, juzgo que siento;
aún su llanto y su adios desesperado
me parece escuchar allá á lo lejos;
y pálida, llorosa, moribunda,
de la ventana en el espacio abierto,
sobre su blanca faz, la blanca luna,
fantasma del dolor, siempre la veo. (Pausa.)
Cuando una vez se amó de esta manera
ya no se vuelve á amar. No, Cárlos.
(Distraido.)

CARLOS Eso;...
lo mismo;... el corazon me grita á voces.

JUAN. Y triste y solo al fin se llega á viejo.
(Sin escucharle.)

CARLOS. ¡Pues por ella, señor; por Margarita
en Elena pensad! (Cogiéndole la mano.)

JUAN. (Ap. á Tristan y sonriendo.) (Pobre mancebo!
¿pues no pretende compararlas! Vamos,
ó la razon perdió...

TRISTAN. Ó estais vos ciego.

JUAN. ¡Ó eres mi pesadilla interminable!
(Á Tristan con enojo.)

TRISTAN. Ó de vuestra conciencia el grito terco.)

JUAN. (Á Cárlos.)
Domina tu pasion, ántes que crezca;
huye de esa mujer cuando aún es tiempo,
y de una esposa en los amantes brazos
busca la paz, la dicha y el sosiego.
Cecilia es bella: la amarás sin duda;
es muy buena: su amor será tu cielo;
y tus hijos tendrán honrados padres,
y de tu hogar bajo el tranquilo techo

no negarás un sitio á este cansado
y triste, y solo, y moribundo viejo.
Yo el abuelo seré: yo las historias
de mis heróicos, ya remotos tiempos,
al amor de la lumbre he de contaros
en las largas veladas del invierno,
mientras en torno bulliciosa turba
de alegres sonrosados pequeñuelos,
á las hazañas que mis labios cuenten
y que Cecilia y tú sigais atentos,
mezclarán, en alegre algarabia,
las pequeñas hazañas de sus juegos.
No, Cárlos, no me niegues esta dicha!...
Si me parece ya que aquí los tengo!...
Levantan todos juntos mi ancha espada,
pero les vence al fin su enorme peso,
y á tierra viene, y el metal resuena,
y asustados se alejan al estrépito,
cual bandada de pájaros que espanta
del arcabuz el estampido seco.
Otra vez apiñados en un grupo,
con curiosa atencion y ojos risueños,
¡racimo de cabezas de querubes!
en mi coraza como en limpio espejo,
de la luz del hogar siguen los rayos
al reflejarse en el bruñido acero,
ó de sus propios ojos las imágenes,
ó el gentil ondular de sus cabellos.
Ya entre todos mi casco de combate
por las losas del ancho pavimento
con algazara arrastran, y á mí vienen
gritándome gozosos desde léjos,
que quieren por sus manos, ¡brava hazaña!
poner sobre la frente del abuelo,
y alrededor de sus cabellos blancos,
cual círculo de bronce, aquel trofeo.
¡Ya no más soledad, ya no más sombras,
en este caseron enorme y viejo!
¿Ya no más de Tristan la voz cansada
que de mi propia voz parece el eco!
Y cuando al fin la muerte me reclame,
como inefable celestial consuelo,

la divina guirnalda de tus hijos
veré ceñida á mi mortuorio lecho,
cual si viniera á recoger mi espíritu
de ángelos coro, desde el alto cielo.
¡No, Cárlos, no me prives de esta dicha!
¡Mira que la reclamo, que la quiero!
Al pensar que es posible, de ternura
se llena todo mi anchuroso pecho,
y al calor de la vida de familia
de cera es ya mi corazon de acero;
mas si hay quien se me opone y me bravea,
torno á ser el soldado de otros tiempos,
y el alma mia á su fiereza acude,
y la sangre se agolpa á mi cerebro,
y ¡ay de aquel! que imprudente me arrebate
el solo bien que en este mundo espero.
Mas, ¿qué ruido se escucha?

CARLOS. Voces oigo?

TRISTAN. Disputan con calor.

CARLOS. ¡La voz de Anselmo!
(Ap.) (Y Elena está con él!)
(Queriendo salir.) Señor...

JUAN. (Conteniéndolo.) Espera.
Yo domaré las furias de ese viejo.

ESCENA VIII.

D. JUAN, CÁRLOS, TRISTAN, MENDO por el fondo.

CARLOS. Qué ocurre?

JUAN. Qué ruido es ese?

MENDO. Lo que os dije sucedió,
que el anciano se cansó
y se va.

JUAN. Pues mal que pese
al diablo y á su insolencia,
no ha de salir de esta casa.
Yo á sus fieros pondré tasa.
Traedlo.
(Á Mendo con ademan imperioso: Mendo sale por el fondo.)

ESCENA IX.

D. JUAN, CÁRLOS, TRISTAN.

CARLOS. (Á D. Juan.) Señor...
TRISTAN. (Á id.) Paciencia.
JUAN. Voto va!
TRISTAN. Yo le hablaré,
CARLOS. Bien dice; estais enojado,
y no es prudente...
JUAN. Cansado
me tienen ya por mi fé!
CARLOS. Lo comprendo, y vos mi angustia
comprended.
JUAN. Ya; por Elena...
Qué diablo, no tengas pena;
no pongas la cara mustia.
(Ap.) (Si de esta manera logro
que él mismo le haga entender...
Mejor es. Voy á ceder.)
(En voz alta.) Por ventura, soy un ogro?
TRISTAN. Idos, don Juan.
CARLOS. Yo os lo ruego.
TRISTAN. Nosotros....
CARLOS. Nosotros dos...
(D. Juan finge que vacila, y al fin cede.)
JUAN. Pero le hablais, vive Dios,
al alma, y con mucho fuego:
(Se dirige á la puerta de la derecha: Cárlos y Tristan le siguen.)
y le dices al bellaco, (Deteniéndose.)
que como yo llegue á hablarle,
ha de ser para colgarle;
que yo de esta suerte aplaco
á gente de su calaña... (Sigue andando.)
y aún á gente muy más buena;
y que se lleve á su Elena;
(Llega á la puerta y se detiene.)
y que se marche de España. (Sale D. Juan.)

ESCENA X.

CÁRLOS, TRISTAN, D. ANSELMO, ELENA, MENDO, BELTRAN y cuatro BRAVOS. Los personajes entran segun el diálogo lo indica.

MENDO. (Entra azorado y mira por la puerta del fondo: hácia él se dirigen Cárlos y Tristan.)
Es inútil que los llame,
que hácia aquí riñendo vienen.
(Se oye el choque de varias espadas.)
¡Pues mal al viejo contienen!
(Elena entra huyendo: detrás D. Anselmo defendiéndose á cuchilladas de Bertran y sus Bravos.)

CARLOS. ¡Elena! (Precipitándose hácia ella: éste es el momento en que aparece D. Anselmo de espaldas.)

ELENA. ¡Sálvale!
(Á Cárlos señalando á D. Anselmo.)

CARLOS. (Desnuda una daga, se precipita sobre Bertran y le pone el acero al pecho: Bertran y los Bravos se detienen: D. Anselmo retrocede dos pasos: Elena y él forman un grupo á la derecha: Tristan junto á D. Anselmo.)
(Á Bertran.) ¡Infame!
¿dónde aprendiste á reñir
con ventaja de uno á cinco?
Si aquesta daga no te hinco
hasta el puño, has de decir,
pues ya ves cómo te afrento,
que naces por vez segunda.

BERT. Juro á Dios...

CARLOS. Él te confunda.

BERT. Señor...

CARLOS. Véte: véte pronto.
(Salen Mendo, Bertran y sus Bravos por el fondo.)

ESCENA XI.

ELENA, CÁRLOS, D. ANSELMO, TRISTAN.

Los personajos vienen al proscenio en este mismo órden.

ANS. (Á Cárlos. En toda la escena queda D. Anselmo con la espada desnuda.)
En la cueva de un bandido,
no en la casa de un hidalgo,
os juro por lo que valgo
que pensaba haber caido.
Y fué preciso, señor,
que os viera y os escuchára,
para que al cabo pensára
que hubo en mi pensar error.
Mas tregua á ruines extremos:
decidnos lo que querais,
ó si ya nada deseais,
dejad que nos retiremos.

TRISTAN. Don Juan de Arriola es aquí
el dueño.

ANS. ¿No es ese? (Señalando á Carlos.)

TRISTAN. No.
En su nombre os hablo yo.

ANS. ¿Y qué me quereis á mí?

CARLOS. ¿Qué vas á decir, Tristan?

TRISTAN. Lo que él quiso que dijese
diré aunque mucho me pese,
que soy todo de don Juan.
Tutoría mi señor
tiene sobre ese mancebo.
(Señalando á D. Cárlos.)

ANS. Pues que vale más me atrevo
á jurar que su tutor.

TRISTAN. Aprovecha lengua corta,
y daña lengua que hiere.
Lo que uno ú otro valiere
nada en verdad os importa.

ANS. Me importa ¡voto á Luzbel!
que éste á mi lado se puso,

(Señalando á Cárlos.)
y la emboscada dispuso
contra nosotros aquel.

TRISTAN. ¡Emboscadas! ¡paso á paso! (Alzando la voz.)

ANS. Lo sostengo por quien soy!

TRISTAN. (Cambiando de tono.) Pues sea: yo al caso voy
y de casar es el caso;
que dar esposa don Juan
quiere á ese mozo y es justo.
(Señalando á D Cárlos: éste y Elena cambian una mirada.)

ANS. Que le case si es su gusto
con la nieta de Satán.
De la boda no he de ser:
ni soy el novio, ni el suegro:
¿os casais? mucho me alegro: (Á Cárlos.)
Dios os dé buena mujer.

TRISTAN. Es que él no quiere casarse,
y á su tutor se resiste,
y es que en vuestra casa existe
la causa que á revelarse
le incita.

ANS. ¡En mi casa!

TRISTAN. (Señalando á Elena.) Sí.

ANS. ¡Ella!... ¿Elena?... ¡No es verdad!
¡Dí que no!
(Avanzando hácia ella amenazador y cogiéndola por un brazo.)

ELENA. ¡Padre, piedad!
(Cayendo casi de rodillas.)

CARLOS. (Levantando á Elena.)
Responder me toca á mí.
Mi esposa hacerla juré
por la fé de caballero,
y á pesar del mundo entero
mi palabra cumpliré!

ANS. (Profundamente conmovido.)
Y la vida le habeis dado
al hablar así, señor.
Os lo juro por mi honor
y mi espada de soldado.

ELENA. Y bien harás, padre mio,

si él me olvida, en darme muerte.
(Aunque le adoro de suerte, (Ap. á D. Anselmo.)
que primero su desvío
me hiriera que tus enojos,
y más pronto su rigor
que los rayos de tu honor
ó los rayos de tus ojos.)

TRISTAN. Quien puede y debe mandar
es quien ha de decidir.

ELENA. Decida si he de morir!

ANS. Decida si he de matar!

TRISTAN. Morir, fácil me parece,
que no es un trabajo enorme:
matar, segun y conforme
á quién.

ANS. Á quien lo merece.
Á él primero. (Señalando á Cárlos.)

ELENA. (Ap. á D. Anselmo.) (Padre, calla;
que toda la culpa es mia.
Yo con ciega idolatría,
yo con amor que avasalla
alma vida y voluntad,
le amé desde que le ví:
padre, castígame á mí,
mas ten de Cárlos piedad.
¿Qué delito en sus desvíos
ver pudieran mis pesares?
¿Qué culpan tienen los mares
que en ellos mueran los rios?
Y así padre, si tú piensas
que empañada está mi frente,
pues yo soy la delincuente
en mí venga tus ofensas.
Que aunque yo sé que ofendida
no está mi honra, que es la tuya,
si él no me quiere por suya
nada me importa la vida.)
(En voz alta, triste y severa.)

ANS. Pobre Elena, yo he de ser
para todos justiciero.
Mira la cruz de este acero
de que me pude valer:

por ella y mi fé crístiana
que he de dar, yo te aseguro,
(Señalando á Cárlos.)
á él castigo por perjuro,
(Á Elena.) castigo á tí por liviana,
á don Juan por su rigor,
y áun á mí mismo por ciego,
si á satisfacer no llego
lo que me pide tu honor.
(Alzando la espada.)
Ved: con la mano en la cruz,
la vista en ella...
(Mirando con sorpresa la empuñadura de la espada.)
Dios mio!
Qué es esto? Yo desvarío!
Es mi espada!... sí!... más luz!

ELENA. Qué tienes, padre?

ANS. (Acercándose al reclinatorio.) Dejadme.

TRISTAN. No comprendo...

ELENA. Padre...

ANS. Aguarda...

CARLOS. Señor...

ANS. (Llega al reclinatorio, que es donde está la luz, levanta la espada, y al fijar en ella la vista, ve el retrato, cuyo paño está descorrido.)
Ángel de mi guarda! (Retrocediendo.)
Madre de Dios, amparadme!
(Acercándose de nuevo al retrato.)
Que no sea una ilusion!

ELENA. Padre mio!

ANS. Quita, quita. (Rechazando á Elena.)
Ella! Es ella! Margarita! (Ap.)
Hermana del corazon!
Entónces... Don Juan... qué idea!

ELENA. Qué miras, padre?

ANS. Yo? Nada.

ELENA. (Acercándose para mirar el retrato.)
Ese lienzo...

ANS. (Ap. y corriendo el paño.) (Desdichada!
No quiero, no, que la vea.)

TRISTAN. Qué es esto?

ANS. (Cogiendo á Elena por la mano y trayéndola al

centro: quedan todos en el mismo órden que tenian.)

Que tu señor
ha de ser de todo en todo
mi esclavo. No más.

TRISTAN. Y el modo?

ANS. Siéndolo: y basta en rigor.
Y pronto lo vais á ver,
y yo sé lo que me digo.

ELENA. Acaso fuiste su amigo?

ANS. Su amigo! Pudiera ser.
Mas no está en ello mi fuerza.
(Llamando á sí á todos.)
De don Juan sé tal historia,
que basta que á su memoria
la traiga, para que ejerza
en tu señor fiero y noble,
á pesar de ser villano, (Golpeándose el pecho.)
imperio tan soberano
como el que en este mandoble,
aunque mucho vale y pesa,
ejerce el brazo si quiere:
que le dice «hiere,» y hiere:
que le dice «basta,» y cesa. (Pausa.)
Escuchad la triste historia
de un camarada. Murió.
Él mismo me la contó,
y ahora acude á mi memoria.

—

Se llamaba Valentin
mi camarada, y tenía
una hermana: la quería
con el alma; mas al fin,
siguiendo no sé qué bando,
á la guerra se marchó,
y Margarita quedó
sola, hija mia, y llorando.
Él mostró gran bizarría,
que no era el mozo cobarde,
y hacer de valor alarde
no era mucho: pues sabía
al soplar la roja mecha

de su terrible arcabuz,
que por él ante la cruz
rezaba en llanto deshecha
con devocion infinita,
y con acentos de duelo,
que van derechos al cielo,
su querida Margarita.
Un dia ya no rezó
por su hermano: le olvidaba:
y es que la infeliz amaba.

ELENA. (Ap.) (¡Cárlos, tambien te amo yo!)

ANS. Y un hombre secó su llanto:
y se la vió sonreir...
Despues se la oyó gemir;
pero, tanto, Elena, tanto,
que si por cada gemido
de la pobre Margarita,
en su justicia infinita
el cielo hubiéra querido
arrancar sólo una gota
de la sangre de sus venas,
á don Juan, cien veces llenas,
cien veces su sangre agota.
Volví, pero ya era tarde...
(Sin saber lo que dice.)
decía mi camarada. (Conteniéndose.)

ELENA. ¿Y Margarita?

ANS. Enterrada.

ELENA. ¡Y don Juan?

ANS. Huyó.

ELENA. ¡Cobarde!

ANS. ¡Calla! (Ap.) (Con rojo matiz
su semblante se colora.)

ELENA. ¡Miserable!

ANS. ¡Calla!
(Ap.) (Ignora
que es su padre la infeliz.
El es tu padre y que más
para adorarte, hija mia,
si pienso que te amaría
hasta el mismo Satanás.)
(En voz alta y dirigiéndose á la derecha.)

Ven aquí seductor ruin!

ELENA. ¡Señor!... (Conteniéndole.)

ANS. ¡Ven!

ELENA. ¡Padre querido!
(Conteniéndole aún.)

ANS. ¡Don Juan, yo cuenta te pido
en nombre de Valentin!

CARLOS. Contened vuestros enojos.

TRISTAN. Ved que ya llega...
(Acercándose á la puerta de la derecha.)

ELENA. Escuchad... (Lo mismo.)

CARLOS. ¡Por Elena!

ELENA. ¡Por piedad!

TRISTAN. (Á D. Anselmo en voz baja y señalando á Elena.)
Por evitarla sonrojos,
que es don Juan muy iracundo,
salid.

ANS. (Ap. y retirándose.) Quizá dice bien.
Ciego estaba.

ELENA. Pronto: ven.

ANS. (Ap.) (No: por nada de este mundo
su felicidad inmolo.)
Salgamos pronto de aquí:
y salgo sólo por tí.
Despues, volveré yo solo.
(Elena y Anselmo salen por el fondo: pero aún se detienen en la puerta.)

ESCENA XII.

ELENA, D. JUAN, D. ANSELMO, CÁRLOS, TRISTAN.

Elena y D. Anselmo al otro lado de la puerta del fondo. D. Juan en la puerta de la derecha: Cárlos y Tristan en dicha puerta conteniéndole.

JUAN. ¿Quién á gritos me provoca?

ANS. Quien pronto aquí volverá.

JUAN. Pues ¡vive Dios! que será,
seor villano, empresa loca.

ANS. Pues por Dios vivo, seor noble,

que no ha de haber más distancia
de mi brazo á tu arrogancia,
que la que exija un mandoble.
(Blande la espada un momento y desaparece.)

JUAN. ¡De Valentin el montante
se lleva!
(Va al fondo precipitadamente y se asoma á la puerta.)
¡Sobre él, Bertran! (Gritando.)
¡Detenedle!... ¡Por Satán!
¡paso se abrió!
(Viniendo al proscenio.) ¡Mal bergante!
¡Esa!... ¡Descuelga esa espada!
(Á Tristan señalándole una del muro.)

TRISTAN. ¡Pero señor!

JUAN. Soy soldado,
nunca debió de mi lado
separarse.
(Tristan descuelga la que le indicó D. Juan y se la entrega.)
Y es probada
medicina, si no yerro,
en materias de decoro
para esas mozuelas oro,
para esos rufianes hierro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa una sala pobre, en casa de D. Anselmo: en el fondo una puerta; á la izquierda del espectador una ventana; á la derecha otra puerta que comunica con las habitaciones: ventana y puerta están en primer término. Á la izquierda una mesa, y sobre ella una luz: junto á la mesa un sillon de baqueta: otro sillon á la derecha. Es de noche: la luz está encendida.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO mirando por la ventana.

Mucho tarda don Anselmo,
mucho el galan se retrasa:
ya en el reló del Rosario
dieron nueve campanadas.
La noche extiende sus sombras
por las calles y las plazas;
todo reposa en silencio,
todo duerme, todo calla.

ESCENA II.

ELENA, PEDRO. Elena viene por la puerta de la derecha.

ELENA. (Con temor y angustia.)

Pedro, no vuelve mi padre.

PEDRO. ¡Don Anselmo? Cá: ni trazas.
Andará en conversacion
con don Juan... (Ap.) (ó á cuchilladas.)

ELENA. Dos horas há que salió.

PEDRO. No es tan grande la tardanza,
y el asunto es harto serio.
¡Casarse! ¡Pues ahí es nada!
Deben pensarse despacio
empresas tan arriesgadas.
¡Á un hombre y una mujer
unir para siempre, cáscaras!
¡Quién sabe lo que saldrá
de semejante alianza!
Cuentan que un fraile mezcló
por casualidad extraña
carbon, azufre y salitre,
y resultó ¡quién pensara!
¡resultó! ¡qué horror! ¡la pólvora!
que derriba una montaña,
que destroza un murallon
y vuela una barbacana.
Andémonos con cuidado
en esto de mezcolanzas,
no fabrique cada clérigo,
al bendecir en el ara,
á un hombre y una mujer,
pólvora para las casas.

ELENA. Y Cárlos tampoco viene:
¡ay, Pedro, qué nos amaga!

PEDRO. No se aflija, doña Elena.
Don Anselmo...

ELENA. Mucho tarda.

PEDRO. ¿Quién sabe? Cuando llegó
quizá don Juan ya no estaba,
y se empeñó en esperarle
y le espera, cosa es clara.

ELENA. ¿Y Cárlos? Tras de la reja.
llena de angustias el alma,
oprimido el corazon,
bañado el rostro de lágrimas,
en vano, ¡ay triste! esperé,

que no viene mi esperanza.
PEDRO. Quizá ya vino y espera.
Voy á ver...
ELENA. Sí, Pedro, gracias.
PEDRO. (Ap.) (Entre el anciano y la niña,
entre amores y venganzas,
no hay modo de descansar
en esta bendita casa.)

ESCENA III.

ELENA aproximándose á la ventana.

Hoy se decide mi suerte
y la angustia me avasalla,
que mi espíritu batalla
entre la vida y la muerte.
Pasan las horas tranquilas,
y en vano en la oscuridad,
le buscan con ansiedad
mis abrasadas pupilas.

ESCENA IV.

ELENA, CÁRLOS.

ELENA. ¡No viene Cárlos, Dios mio!
Ten compasion de mi llanto.
(Cárlos se acerca sin que ella lo note.)
¡Olvidarme y le amo tanto!
CARLOS. ¡Calla, pensamiento impío!
ELENA. ¡Mi Cárlos!
CARLOS. ¡Elena mia!
¡Llorando!
ELENA. Lloré por tí:
tardabas.
CARLOS. ¡Y aún lloras!
ELENA. Sí;
pero es llanto de alegría.
Tú no puedes comprender,
¡el pensamiento se anega!

hasta dónde, Cárlos, llega
el amor de esta mujer.
Sola en el mundo viví,
si acaso es vivir soñar,
y no llegué á despertar
hasta el punto en que te ví.
Esto que amante te digo
callarlo tal vez debiera,
decirlo yo no quisiera,
mas refrenar no consigo
este fuego que me abrasa,
y haciendo al pudor agravios,
del corazon á los labios
cual lava encendida pasa.
¡Y es que se angustia mi ser
y de dolor desvarío
cuando pienso, Cárlos mio,
que al fin te voy á perder!

CARLOS. ¡Separarnos! ¿Quién?...

ELENA. Hay uno:
don Juan.

CARLOS. Cederá don Juan.

ELENA. Tus deudos.

CARLOS. Á honor tendrán
serlo tuyos; mas si alguno
al respeto te faltára,
aún cuando mi hermano fuera,
con mi espada le imprimiera
sangriento sello en la cara,
porque en su rostro desnudo,
y en rojas líneas trazado,
vieran los demas grabado
de tus armas el escudo.
(Golpeando la empuñadura de la espada.)

ELENA. No cede don Juan. Perdon
si soy con él harto injusta.

CARLOS. Su condicion es adusta,
pero es bueno el corazon;
y tras la ruda corteza
presumo que hay escondida
en esa alma dolorida
rica fuente de terneza.

(Pequeña pausa.)
Fué su vivir batallar,
su familia el campamento,
y el azul del firmamento
la techumbre de su hogar.
Vallas no hubo ni poder
contra el bravo aventurero,
que con su tajante acero
paso se abrió por do quier.
Domó cien distintas gentes,
cruzó el piélago profundo,
y en el viejo y nuevo mundo
vertió su sangre á torrentes.
Atento al marcial clarin,
y á toda empresa bizarra,
él batalló en la Alpujarra,
y batalló en San Quintin.
Entre la cristiana gente
en Lepanto combatió,
y de Italia iluminó
el sol su tostada frente.
Tras la española bandera,
luchó en la revuelta Flándes,
y atravesó de los Andes
la colosal cordillera.
En el mundo no hubo un sol
que no brillara en su escudo,
símbolo, Elena, del rudo
conquistador español.
Mas vida de tanto afan
al más robusto quebranta,
y á España otra vez su planta
tornó gozoso don Juan.
No inclinacion amorosa,
ni codicia de fortuna,
su nobleza y su alta cuna
le hicieron tomar esposa;
y á una noble portuguesa
su nombre y su mano dió,
mas ella presto trocó
el tálamo por la huesa,
y libre otra vez don Juan,

y sin hijos, ni penates,
buscando nuevos combates,
siguió al rey don Sebastian.
Junto al heróico monarca,
del África en las arenas,
de la sangre de sus venas
sobre la rojiza charca,
sin escudo y roto el casco,
melló con fiero denuedo,
con su espada de Toledo,
cien alfanges de Damasco.
Á España volvió otra vez:
cansóse de ser soldado:
y así don Juan ha llegado
triste y solo á la vejez.

ELENA. Con tanto reluchar fiero,
y tanta y tanta batalla,
y tanto ceñir la malla,
entrañas tendrá de acero.
Esta tarde, cuando huía,
de la puerta al otro lado,
yo ví su cuerpo enlutado
y ví su frente sombría:
y una voz, voz de Luzbel,
que aún me parece que suena,
«mírale,» me gritó, «Elena,
»si á chocar llegas con él,
»verás rota tu ventura
»como vaso de cristal
»que estrella mano fatal
»contra una férrea armadura.»

CARLOS. ¿Eso piensas?

ELENA. Eso: sí.

CARLOS. Olvídalo.

ELENA. Bien querría.

CARLOS. ¿Pues mi voluntad no es mia?
¿acaso dudas de mí?

ELENA. ¿Dudar de tí, Cárlos? No.
Pero ¿puedes luchar tú
con don Juan?

CARLOS. ¡Por Belcebú!
¿piensas que le tiemblo yo?

ELENA. Ya sé que no, Cárlos mio;
pero es que temo perderte:
y ese hombre me odia de muerte
¡y es tan terco y tan impío!...
Humilde es mi condicion:
no tengo, Cárlos nobleza;
mas tiene el alma pureza
y cariño el corazon.
Y has jurado ¡Dios lo abona!
amarme toda la vida,
y Dios, Cárlos, nunca olvida,
y el perjurio no perdona.
En él pongo mi esperanza,
que si soy humilde yo,
nunca su justicia erró,
ni se torció su balanza;
y ante su santa igualdad
toda grandeza se humilla,
¡que no hay dos clases de arcilla
para hacer la humanidad!

CARLOS. Desecha locos temores.

ELENA. No puedo, no, desecharlos,
porque hoy nos contaron, Cárlos,
¿te acuerdas? de unos amores
la historia negra y maldita,
y aquella mujer...

CARLOS. ¡Elena!

ELENA. Al fin se murió de pena.
¡Pobre, pobre Margarita!

CARLOS. Si amor está en lo profundo
del alma, y el alma en Dios,
¿quién nos separa á los dos
ni en este ni en otro mundo?
¡Tú, sí, que las iras fieras
temes y huyes de don Juan!
Tú, sí, que con ciego afan
hasta olvidarme quisieras!

ELENA. ¡Eso dices! ¡Cielo santo!
¡olvidarte! ¡Cuando el dia
se trueque en noche sombria;
cuando la noche en su manto
ostente orgullosa el sol,

y ricas nubes de grana,
y de risueña mañana
el encendido arrebol;
cuando alegren los pesares
y entristezcan los consuelos;
cuando se rasguen los cielos,
cuando se sequen los mares;
cuando hácia su orígen vuelva
su clara corriente el rio;
cuando en caluroso estío,
sobre la frondosa selva,
y en la tostada llanura,
y en el arroyuelo leve,
manto espléndido de nieve
de inmaculada blancura,
extienda el cielo abrasado,
y por singulares artes
contemples en todas partes
el universo cambiado;
entónces ¡ay Dios! podrán
dudar de mí tus recelos!

CARLOS. No permitirán los cielos
tanta desdicha.

ESCENA V.

ELENA, CÁRLOS, PEDRO que entra precipitadamente por el fondo.

PEDRO. ¡Don Juan!
ELENA. ¿Qué dices?
PEDRO. Digo lo dicho:
don Juan.
CARLOS. ¿Qué importa? Le espero.
PEDRO. Malo, que su genio es brusco:
no tiene en la lengua pelos:
don Cárlos, escóndase...
(Procurando llevarse á Cárlos hácia la puerta de la derecha.)
Mire que es un buen consejo.
ELENA. ¡Por Dios, Cárlos!
PEDRO. (Como ántes.) Vamos pronto.

CARLOS. (Deteniéndose; pero ya cerca de la puerta indicada.)
Que venga; así concluiremos
de una vez.

PEDRO. Y ¿doña Elena?
¿y el escándalo?... Corriendo,
que aunque viejo sube aprisa.
(Al fin Cárlos se decide y sale.)
Aquí por fin le tenemos.
(Aparece D. Juan y sale Pedro.)

ESCENA VI.

ELENA, D. JUAN.

D. Juan entra embozado y con el sombrero puesto: da algunos pasos y se detiene mirando fijamente á Elena: ésta en pié y hácia la derecha.

JUAN. (Ap.) (¡Es hermosa, vive Dios! (Pausa.)
hermosa como un lucero!
(Nueva pausa: Elena inmóvil, en pié, y turbada. D. Juan continúa mirándola atentamente, sin quitarse el sombrero.)
Ese rostro peregrino
en mí despierta un recuerdo,
que en vano lucha tenaz,
y en vano se agita terco,
por rasgar de lo pasado
el triste y tupido velo.
Yo la he visto ¿pero dónde?
¿dónde ví su rostro bello?
¿dónde sus lábios de grana?
¿dónde sus ojos de fuego?)

ELENA. (Ap.) (¡Cómo me mira, Dios santo!
¡con qué humillante desprecio!)

JUAN. (Ap.) (¿Quién sabe? Quizá no ví
nunca su rostro hechicero.
Las mujeres de esta clase,
y las damas de este género,
á media luz tienen todas

un parecido perfecto.)
(En voz alta.)
Elena de... ¿vuestro nombre?

ELENA. (Con altivez.) Perdonadme, mas entiendo
que pues en la casa entrásteis
sin que os llamára su dueño,
preguntar me toca á mí,
y á vos decirme primero,
quién sois y lo que buscais;
que yo, señor, os prometo
ser al contestaros breve,
y aquesta entrevista presto
terminar, que así lo exige
el decoro de mi sexo.

JUAN. (Desembozándose y afectando galantería.)
Discreta sois cuanto bella
¡y arrogante, vive el cielo!
Pensando estoy, niña hermosa,
que al fin nos entenderemos.
No será el diálogo breve,
y fatigado me siento.

ELENA. Aunque la casa es humilde,
que no ha de faltarnos creo
una silla para vos...
y áun otra para el sombrero.

JUAN. Dos lecciones me habeis dado:
¡bien aprovechais el tiempo!
(Se quita el sombrero.)
Las recibo, que son buenas;
mas devolverlas prometo,
y presumo que al marcharme
leccion por leccion saldremos.
(Se sienta en el sillon que está cerca de la mesa.
Elena en el opuesto Pausa.)
Que vive con vos me han dicho
vuestro padre... un don Anselmo.

ELENA. Si acaso con él hablar
deseábais, deciros debo
que estoy sola, y por lo tanto...

JUAN. Hablaré con vos primero.

ELENA. ¿De él sin duda?

JUAN. Se supone.

ELENA. Pues escucho.
JUAN. Pues comienzo. (Pequeña pausa.)
Fué soldado?
ELENA. Por su patria
luchó siempre como bueno.
JUAN. Es dura cosa la guerra
para el alma y para el cuerpo:
almas requiere de bronce,
y corazones de acero.
ELENA. Á decir verdad, señor,
qué pretendeis no comprendo.
JUAN. Bien pronto comprendereis
lo que busco y lo que quiero.
Decía que es trabajosa
la vida del campamento;
que allá se envejece pronto,
y que el pobre don Anselmo
necesita descansar;
que este bullicioso pueblo
no es apropósito, niña,
para retiro de un viejo;
que léjos de Madrid debe,
léjos de Madrid, muy léjos,
buscar un sitio seguro
donde pasar con sosiego
lo que le resta de vida,
rogando al piadoso cielo
que sus pecados perdone
y le dé descanso eterno.
Hablé, me parece, claro:
¿comprendísteis ya?
ELENA. Comprendo.
JUAN. ¿Y me contestais?...
ELENA. (Levantándose.) ¿Quién sois
para darle ese consejo?
JUAN. (Conteniendo un movimiento de impaciencia y levantándose tambien.)
Soy Arriola, y soy... su amigo.
(Elena hace un movimiento de duda.)
Pruebas le daré de serlo.
ELENA. ¿Y esas pruebas? (Con impaciencia.)
JUAN. Os diré

cuáles son.

ELENA. Decid.

JUAN. (Afectando calma.) Sentémonos.
(Se sientan. Pausa.)
Si allá en la guerra alcanzó
mucha gloria, segun creo,
(Con cierta ironía.)
no ganó, por su desdicha,
otra cosa, que aunque ménos
vale que rojos laureles,
vale mucho. Sin rodeos,
supongo que para el viaje
necesitará... (Saca una bolsa.)

ELENA. (Con indignacion.) ¡Dinero!
(Se levanta. D. Juan se levanta tambien.)

JUAN. ¡Un buen golpe de doblones!
El negocio no es malejo;
pero se entiende que vos,
—y con dudarlo os ofendo,
que al fin para vos ha sido
un buen padre don Anselmo,—
por cuidar de su salud
acompañareis al viejo. (Pausa.)
Aguardo contestacion.

ELENA. Y yo contestaros debo,
que pues me dijisteis ya
de esta visita el objeto,
la visita terminó
y separarnos debemos. (Señalando la puerta.)

JUAN. ¿Nada más?

ELENA. ¿Qué más quereis?

JUAN. ¡Yo querer!... (Con violencia.)
(Conteniéndose.) Yo nada quiero;
pero ántes de separarnos
os he de contar un cuento,
para que en él aprendais,
que quien se precia de cuerdo
no rechaza á la ligera
de un buen amigo el consejo.
(Viene al centro: Elena tambien: él habla con afectada galantería, y dirigiéndose á ella marcadamente.)

De ojos negros y rasgados,
hermosos como luceros;
de tez tostada sin duda
de sus ojos por el fuego,
dos rojas ascuas por labios:
manto espléndido el cabello:
un cielo por la hermosura,
aunque por el alma infierno,
cierta dama... como muchas
que juzgar aquí no puedo.
(Con marcada ironía.)

ELENA. ¡Don Juan!

JUAN. Escuchadme, Elena,
que algo ganareis en ello.
Damas de quienes se ignora
si padre ó madre tuvieron,
ó si brotaron por sí,
cual mala yerba, en el suelo;
una dama de esta clase
se enamoró de un mancebo:
digo que se enamoró,
pero ¡vive Dios! que miento,
que mujeres como aquella,
y como otras, segun creo,
hacen del amor mercado
y del corazon anzuelo.

ELENA. ¡Don Juan, salid de mi casa!

JUAN. (Ya casi sin poder contenerse; pero haciendo esfuerzos para que no estalle su cólera.)
Ántes concluiré mi cuento,
que ya cansándome voy,
y hubo de negarme el cielo,
entre otras muchas virtudes,
la virtud del sufrimiento.
El tutor de mi galan
quiso salvar al mancebo,
y el medio que discurrió
más seguro y más certero,
fué decir claro á la dama
sin ambajes ni rodeos:
«ó desenamoras hoy,
»ó mañana tú y el viejo,

—que tambien cuidaba de ella
cual de vos un don Anselmo,—
»en poder de la justicia...»

ELENA. ¡No más, que ya brotan fuego
de vergüenza mis mejillas!

JUAN. (Cambiando de tono.)
Dices bien, basta de necios
escrúpulos, basta ya
de inútiles miramientos.
Quien soy sabes y quién eres,
lo que busco y lo que quiero;
y pues al fin me conoces,
y por fin nos entendemos,
refrenando tus furores,
sigue, Elena, mis consejos.
Que has de obedecerme, es ley:
que si resistes yo puedo
obligarte, bien lo sabes:
que á Cárlos perdiste, leo
en tus ojos, que bien hablan:
conque aprovecha cual diestro
navegante lo que quiso
dejarte el destino adverso,
y si no toda, una parte
de tu fortuna, á lo ménos,
saca prudente á la orilla
y pon en seguro puerto.
(Arroja el dinero sobre la mesa.)

ELENA. Hazaña es esta, don Juan,
indigna de un caballero.
¡Insultais á una mujer!
¡ganais honroso trofeo!
Ni en San Quintin, ni en Lepanto,
disteis timbres de más precio
al novilísimo escudo
de vuestros nobles abuelos.
¡Y estoy sola con mi afrenta!
¡y aquí á mi padre no tengo!

JUAN. ¡Tu padre! dime su nombre:
dime el tuyo: que ya pierdo
la paciencia al escucharte.
¿Quién eres, del vicio engendro,

nacida para servir
á los vicios de alimento?

ELENA. Qué dice este hombre, Dios mio?

JUAN. Piensa que apenas contengo
mi cólera!

ELENA. ¡Qué me importa!

JUAN. ¡Mi venganza!...

ELENA. No la temo.

JUAN. Olvida á Cárlos. (Acercándose á ella.)

ELENA. Le adoro:
y ha jurado por el cielo
ser mi esposo.

JUAN. ¡Tu esposo él!

ELENA. Y el corazon que en el pecho
late, por mi Cárlos late:
por él vivo, y por él muero:
su amor circula en mis venas
y tan en mi ser le siento,
que es el jugo de mis lagrimas,
y de mi espíritu el fuego.
Y si es mi ser, sólo Dios
puede á la nada volverlo,
y pues lo formó inmortal
que lo destruya no temo.
Contemplad ahora cuán torpe,
por no deciros que necio,
andais al querer matarle
pues le protejen los cielos.

JUAN. Por última vez.
(Acercándose aún más á Elena con aire amenazador.)

ELENA. No.

JUAN. Sí.
(Cogiéndola por un brazo: Elena se yergue con fiereza y le mira de frente.)

ELENA. ¡Don Juan!

JUAN. Concluyamos presto.

ELENA. ¡La mano en mi!

JUAN. Tus ardides
conozco, que soy ya viejo.
Olvida á Cárlos.

ELENA. Jamás.

JUAN. ¡Elena!
ELENA. ¡No!
JUAN. (Con voz reconcentrada) ¡Vive el cielo!...
¡Mal me conoces!
ELENA. ¡Soltad!
(Intenta desprenderse: D. Juan la sujeta.)
Es del corazon el centro: (Braveándole.)
es del alma la alegría:
de la vida el embeleso:
puedes matarme, villano,
ahogarme contra tu pecho,
no cederé, que en mis venas
sangre de mi padre tengo.
JUAN. ¡Pues cederás, cederás!
ELENA. ¡Cobarde! ¿Lo ves? ¡Le quiero!
¡Saltan de mis ojos lágrimas
de dolor, pero no cedo!
JUAN. ¡Elena, que me enloqueces!
ELENA. (Pugnando por desasirse: D. Juan la sujeta brutalmente.)
¡Socorro!... ¡Cárlos!... ¡Anselmo!

ESCENA VII.

ELENA, D. JUAN, CÁRLOS.

Cárlos aparece con el acero desnudo por la derecha y se arroja sobre D. Juan: éste, al verle salir, suelta á Elena, retrocede hácia la izquierda y desnuda su espada. Elena se precipita entre ambos y procura contener á su amante. Cárlos y Elena, formando un grupo, quedan á la derecha: Don Juan á la izquierda contemplándolos con sonrisa irónica y apoyándose en su acero. En estos movimientos gran rapidez.

CARLOS. Á una mujer oir pensé
socorro á voces pidiendo;
mas al veros ya comprendo,
que ilusion mi pensar fué.
Y como sé que es don Juan
un caballero cumplido,
con los hombres atrevido,

con las mujeres galan;
como sé que nunca pudo,
—¡Dios de pensarlo me guarde,
fuera hazaña de cobarde!—
rebajarse, quien desnudo,
lleva en la mano ese acero
á villanías... ¡sin nombre!
indignas, don Juan, de un hombre,
indignas de un caballero;
al discurrir ¡vive Dios!
cuán torpe, don Juan, anduve,
la sangre al rostro me sube,
y me avergüenzo... ¡*por vos*!
(Envaina la espada.)

JUAN. Que á tu padre represento,
gran prisa á pensar me doy,
porque comprendo que estoy,
gracias á tu atrevimiento,
en peligro de olvidarlo,
y cuenta, mancebo loco,
que ya me falta muy poco
para dejar de pensarlo.
(Pausa: mirándoles con sonrisa irónica.)
Y fuera el juicio perder,
y fuera extraña locura,
abrir una sepultura
por semejante mujer. (Señalando á Elena.)

CARLOS. *Esta mujer* tiene un nombre,
y es su nombre, el nombre mio;
y no es, don Juan, desvarío
que sangre y vida de un hombre
por la mujer á quien ama,
cuando, sin tenerla amor,
fuera de hombre sin honor,
desamparar á una dama.

JUAN. ¡Dama dices! si á ese precio
eres con ella cortés,
tanta cortesía es
digna sólo de desprecio.

CARLOS. ¡Don Juan!
(Llevando la mano á la empuñadura de la espada.)

ELENA. ¡Cárlos!... (Procurando contenerle.)

JUAN. Bien haceis
en contener su arrebato,
que si en castigo os le mato,
difícilmente hallareis
quien tan mal con su honra esté,
y tan mal con su decoro,
que así su nombre y su oro
¡paloma cándida! os dé.

ELENA. ¡Á mí tal!
(Cárlos se quiere precipitar sobre D. Juan: Elena le contiene: D. Juan tranquilo y sarcástico no deja su postura.)

CARLOS. ¡Lo estás oyendo! (Á Elena.)
¡Salgamos! (Á D. Juan.)

ELENA. ¡Por nuestro amor!

JUAN. ¡Loca estás! (Perdiendo la calma á pesar suyo.)

CARLOS. ¡Sangre tu honor (Á Elena.)
á gritos me está pidiendo!

JUAN. (Dirigiéndose á Elena y señalando á Cárlos.)
¿Sangre quiere? La tendrá;
y tu amorosa manía (Á Cárlos.)
con una buena sangría
te juro que pasará:
que es remedio para males
de cabeza ó corazon
excelente, y es razon
acudir en casos tales
á los recursos supremos,
que aunque mi propio hijo fueras,
si en estas locuras dieras,
y en estos necios extremos,
¡vive Dios! que más querría
ver sangre tuya en mi espada,
(Señalando á Elena.)
que ver su sangre mezclada
á la noble sangre mia.
Ya las hojas de Toledo
y la sangre de un Arriola,
que más el hierro acrisola,
se conocen, y sin miedo
juntas se han visto las dos;
mas mezclarla no quisiera,

con sangre de una ramera!
(Señalando á Elena.)

ELENA. ¡Cárlos, mátale por Dios!
(Con fiereza y empujando á Cárlos hácia D. Juan.)

CARLOS. ¡¡Maldicion, si no te postro
á sus piés!!
(Se precipita sobre D. Juan y le golpea en la cara.)

JUAN. (Retrocediendo con asombro)
¡¡Á mí!!... ¡¡Jesús!!
¡Él!... ¡Un hombre... puso... sus...
sus manos... sobre mi rostro!
¡¡Muere!!
(Se precipita sobre Cárlos: Elena se abraza á su amante y le cubre con su cuerpo.)
¡Defiéndete!

LENA. No.
(D. Juan le agarra á Cárlos por un brazo y se lo lleva. Elena procura detenerle.)

JUAN. ¡Ven conmigo!. . ¡Retrocedes!...

ELENA. ¡Batirte con él no puedes! (Á Cárlos.)

JUAN. ¡Ven!... te necesito yo! (Tirando de él.)

ELENA. ¡Cárlos! (Procurando detenerle)

CARLOS. ¡Elena! (Desprendiéndose de ella.)

JUAN. ¡Por fin! (Llevándose á Cárlos.)
(Elena cae en tierra: D. Juan y Cárlos salen por el fondo y cierran la puerta.)

ESCENA VIII.

ELENA.

¡Cárlos!... ¡Me dejo! . ¡Se van!
¡Y le matará don Juan!
(Corre á la puerta y procura abrirla, pero sin conseguirlo.)
¡Han cerado! ¡Que tan ruin
obstáculo me resista!
¡Ay; no puedo! ¡Empeño vano!
se me desgarra la mano
y se me turba la vista!
(Marchando por la escena.)
¡Lágrimas! ¡Sí! ¡Necio llanto!
¡Loca estoy!... ¿Qué hacer?.. ¡Gritar!

(Dirigiéndose á la ventana.)
¿Para qué?... No... no... ¡Rezar!
¡Que muera don Juan, Dios santo!
¡Perdon: perdon! ¡Blasfemé!
La muerte para ninguno,
mas si ha de morir alguno,
Cárlos no.
(Escuchando con angustia.)
¡Jesús! ¿Qué fué?...
¡Un grito lejano!
(Se dirige á la ventana y mira con afan.)
¡Luz!
¡Voces! ¡Si; voces de muerte!
¡Cárlos, mi vida por verte!
(Elena da algunos pasos vacilante y al fin se desploma sobre el sillon inmediato á la mesa y pierde el sentido.)
¡Vírgen santa de la cruz!

ESCENA IX.

ELENA desmayada, D. JUAN, D. ANSELMO.

Los dos últimos por el fondo: D. Anselmo trae por un brazo á D. Juan, que aparece sin sombrero ni espada y poseido de una gran turbacion.

ANS. (Deteniéndole en la puerta.)
Juicios son estos de Dios:
el plazo cumplido está:
la deuda se pagará;
y aunque muy viejos los dos,
de las historias pasadas
el recuerdo se despierta
al calor de la reyerta
y al choque de las espadas.
JUAN. ¡Pero es verdad!
ANS. ¿Lo dudais?
Miradla, miradla bien,
que á mí me asombra tambien
que vos su padre seais.
JUAN. (Acercándose á Elena.)

¡Es ella! ¡mi sangre grita!
¡Mi corazon se estremece!

ANS. (Mirándola tambien.)
Mucho, mucho se parece
á la pobre Margarita.

JUAN. Imágen de la mujer
que yo más amé en el mundo;
ángel que de lo profundo
del cielo vienes á ser
regocijo y alegría
de mi triste soledad;
dulce prenda de piedad
y perdon en mi agonía;
pálida forma doliente,
agita tus labios rojos,
y abre tus hermosos ojos,
y besa mi cana frente!
¡Elena! ¡Elena!

ANS. Á su oido
no lloreis: despertará,
y al despertar os verá
todo de sangre teñido.
Y esa sangre ¡por Dios santo!
¡que es del hombre á quien amaba!
¡del que su nombre le daba:
que no hizo su padre tanto!

JUAN. ¡Perdon, Dios mio!

ANS. Ya es tarde.

JUAN. (Ya casi convertido en un niño y consultando con Anselmo.)
¿Si llorando le dijera,
«soy tu padre?»

ANS. Digna fuera
de vos accion tan cobarde.

JUAN. ¿No acabarán sus enojos?
¿Habrán de ser siempre vanas
la blancura de estas canas,
las lágrimas de estos ojos?

ANS. ¿Su doloroso quebranto
hizo en vuestro pecho mella?
¿Tuvísteis lástima de ella?
¿Os enterneció su llanto?

JUAN. Á mi Elena yo dí el ser:
cual yo de Dios, es mi hechura:
quiero su amor, su ternura.

ANS. Sólo de Dios el poder
enciende del alma el fuego.
Lo que el padre puede dar,
lo que no debe negar,
y negásteis torpe y ciego
por vuestra ruin condicion
á esta pobre criatura,
es de padre la ternura,
un sitio en el corazon.

JUAN. ¿Es mi sangre!

ANS. Con desprecio
por tierra la habeis vertido
y no la habeis recogido.
¡Vuestra sangre! (Con ironía.)
Tan de recio
no lo digais: ni os halague:
la tratásteis como ajena:
á tal delito tal pena,
quien tal hizo, que tal pague.

ESCENA X.

ELENA desmayada, D. JUAN, D. ANSELMO, PEDRO.

Este último entra precipitadamente por la derecha.

PEDRO. Don Anselmo, venid presto,
que don Cárlos agoniza.

ANS. (Á D. Juan.) Ya vuestra obra se realiza.

PEDRO. Es que no da espera aquesto;
es que se muere.
(D. Anselmo y Pedro se dirigen á la derecha: D. Juan maquinalmente les sigue.)
Tristan
en sus brazos le sostiene,
mas la sangre no contiene...

JUAN. ¡Cárlos!...
(Ya están en la misma puerta: D. Anselmo se vuelve hácia D. Juan y le cierra el paso.)

ANS. No entreis vos, don Juan.
(Salen D. Anselmo y Pedro.)

ESCENA XI.

ELENA, D. JUAN.

JUAN. Tiene razon: yo no puedo
entrar ni quedarme aquí.
Allí no, que yo le herí.
(Mirando con terror á la puerta y retrocediendo hácia la izquierda.)
Tampoco aquí: si me quedo,
(Mirando á Elena y retrocediendo hácia la derecha.)
de su desmayo al volver,
me verá.

ELENA. ¡Cárlos!

JUAN. Despierta...
vaga su mirada incierta...
No, pues no... no me ha de ver.
(Apaga la luz: la escena queda á oscuras, completamente á oscuras para que la situacion sea verosímil.)

ELENA. ¿Qué soñé... ¿Mas fué dormir?
¿Duermo acaso todavía?
¡Es de noche... ¡Qué sombría!
¡Siento mis sienes latir!
(Elena se levanta y da unos pasos.)
¡Silencio y oscuridad!
¡Ah, ya sé?... ¡Sí, ya recuerdo!
Ráfaga ha sido. Lo pierdo
otra vez. ¡Dios de piedad,
él de mis brazos huyó!
Pero ¿por qué huyó, Dios mio?
¡Sí... don Juan... el desafío!
(Da un grito: despues da unos pasos y se detiene espantada.)
¡Y cuánto tiempo pasó!
(Escuchando.) Al fin vienen .. ¿Quién será?
¡Aquel grito de agonía!
Pero ¿don Juan no vendría?

¡Venir él! ¿Para qué ya?

JUAN. Oigo su penoso aliento,
y de su pecho el latir,
la siento hácia mi venir,
y mortal angustia siento.
(Oculta el rostro entre las manos y solloza.)

ELENA. ¡Llora! (Escuchando con ansia.)
Por qué, cielo santo,
¿á todos quisiste dar
la misma voz al llorar?
¡Llanto y nada más que llanto!
(Con enojo y despues de escuchar de nuevo.)

JUAN. Es imposible, señor,
que al decirle «¡soy tu padre!»
el pecho no le taladre
con ese grito de amor. (Avanzando.)

ELENA. Y qué noche tan oscura...
Á llamarle no me atrevo.

JUAN. Hasta las heces hoy bebo
el cáliz de la amargura.

ELENA. Es mi Cárlos: si no ¿cuál
pudiera ser?

JUAN. Ya me escucha.

ELENA. Mató á don Juan en la lucha
y le llora; es natural.

JUAN. ¡Sombras, noche, traicion, dolo,
á mí! ¡que mis canas meso!
(Arrancándose con desesperacion los cabellos.)
¡yo quiero robarle un beso!
¡uno siquiera! ¡uno solo!
Despues nunca me verá.

ELENA. ¡Mi corazon en pedazos
va á saltar!

JUAN. (Ap. y tendiendo los brazos)
(¡Ven á mis brazos!
Se acerca...)

ELENA. Se acerca ya.

JUAN. Su mano...
(Encuentra D. Juan en la oscuridad la mano de Elena, se apodera de ella con ansia, la oprime contra su pecho, la besa, y despues abraza á la jóven con frenesí. Elena, al sentir aquellas caricias, cree

que es su amante. Para que esta equivocacion sea verosímil, ademas de que la escena debe estar á oscuras, son necesarios otros accidentes de traje, etc., que se encomiendan á los actores.)

ELENA. ¡Jesús mil veces!
¡Cárlos!... ¡Cárlos!... ¡Dios del cielo,
gracias por este consuelo!

JUAN. (Con un movimiento de desesperacion.)
Al fin apuré las heces.

ELENA. ¿Lloras? ¿Por qué lloras? ¿Dí?
¿Por qué hiciste en *él* justicia?
¿Por qué la suerte propicia
te fué? ¡Mejor es así!
(D. Juan hace otro movimiento de horror.)
¿Llorar á don Juan? ¡Llorarle!
El infame me insultó:
y ¡qué más! me maltrató:
¡hiciste bien en matarle!
(D. Juan huye horrorizado: Elena le sigue y le acaricia y consuela.)
Yo le hubiera perdonado,
el cielo me es buen testigo,
pero luchaba contigo,
contigo, dueño adorado,
que eres del alma el iman,
del corazon el latir,
¡para hacerte á tí vivir
muera mil veces don Juan!
Tan sólo cuando imagino,
que pude, Cárlos, perderte
siento el frio de la muerte.
¡Cárlos!
(Abrazándole con pasion: D. Juan quiere huir)

ESCENA XII.

ELENA, D. JUAN, D. ANSELMO, TRISTAN con una luz que deja sobre la mesa.

La agrupacion de personajes es la siguiente: Elena y Don Juan en el centro: Tristan á la izquierda separado de ellos. D. Anselmo en la puerta de la derecha.

ELENA. (Vuelve la vista hácia la claridad y despues hácia D. Juan.)
¡Don Juan!... ¡Asesino!
(Le reconoce: huye de él con horror y se abraza á D. Anselmo.)
¿Dónde está mi Cárlos, padre?
ten piedad de mi agonía!

ANS. Naciste, pobre hija mia,
infeliz como tu madre.

ELENA. ¡Sangre en tus canas! ¡Dios santo,
él aquí su mano puso!

ANS. Dios, Elena, lo dispuso.

ELENA. (Da un grito y mira fijamente hácia la puerta de la derecha, que ha quedado abierta.)
¡Un cuerpo!... Y sobre él un manto!
¡Es él!... ¡Es él!... ¡Es mi vida!
(Quiere entrar. D. Anselmo se lo impide, pero ella lucha por penetrar en el cuarto donde se supone que está el cadáver de Cárlos.)
¡Déjame... quiero abrazarle!
¡Déjame... yo quiero darle...
mi beso... de despedida!
(Al fin se desprende de D. Anselmo y loca y desesperada entra.)

ESCENA XIII.

D. JUAN, D. ANSELMO, TRISTAN.

ANS. Mucho se amaban los dos. (Á D. Juan.)

JUAN. ¡Mátame!

ANS. Ya no.

JUAN. Lo anhelo.
ANS. Para venganzas el cielo...
No, para justicias Dios.
Miradla desesperada:
gozaos en su agonía.
TRISTAN. Qué intenta? Un hierro!
JUAN. Hija mia!
ANS. Qué has hecho, desventurada!

ESCENA XIV.

ELENA, D. JUAN, D. ANSELMO, TRISTAN.

Elena sale por la derecha, moribunda, y sosteniendo un puñal en el pecho.

ELENA. Don Juan!... Dónde está?... Espirante
le busco...
(D. Juan corre á su encuentro y la recibe en sus brazos: todos la rodean.)
JUAN. Elena!
ANS. Dios mio!
ELENA. (Volviéndose á D Juan y mostrándole el hierro.)
Ves?... me hundí... este acero frio;
pero... sin fuerza bastante.
Acábalo tú de hundir...
es tu brazo fuerte y brusco,
lo sé. Por eso te busco,
para acabar de morir.
Vamos... muestra... tu vigor.
(Insistiendo con D. Juan y cogiéndole la mano.)
Hiere, hiere. No es crueldad:
ántes termina en piedad
lo que empezó por rigor.
Como el pecho me atravieses
como á Cárlos .. te perdono!
JUAN. Hija!
(Abrazándola con frenesí y queriendo besarla. Ella le rechaza: se arranca con supremo esfuerzo de los brazos de D. Juan, y va á caer en los de D. Anselmo, que está á la derecha.)
ELENA. Prefiero tu encono.

Tú mata, pero no beses!
(La llevan entre todos al sillon de la derecha: pausa.)
Quién llora?
(Procurando incorporarse al oir á D. Juan, que llora.)

ANS. (Al oido y recatándose.) Don Juan.

ELENA. Creía
que don Juan nunca lloraba! (Nueva pausa.)
Ay!... La vida se me acaba!
una mano... seca y fria
me sujeta... Ya no veo...
Padre... padre... ven á mí...
(Buscando con los brazos extendidos por el espacio. D. Juan y D. Anselmo se adelantan á la vez y quieren acercarse á Elena.)

JUAN. Yo soy. (En voz baja á D. Anselmo.)

ANS. (Tambien en voz baja á D. Juan.)
No, me llama á mí.

ELENA. (Abrazando á D. Anselmo.)
Oye mi postrer deseo:
no provoques á don Juan...
Con sangre... nada se alcanza,
ni es sabrosa... la venganza...
á los que muriendo están.
Para don Juan .. compasion:
ya sus iras... no me hieren:
y es el Dios de los que mueren ..
el Dios... el Dios... del perdon.
(Muere. D. Juan, loco de dolor, se abraza á ella y la llama entre sollozos.)

JUAN. Hija amada!... hija querida!
Elena!... Y he de perderte!
(Levantándose desesperado.)
Muchas vidas te dí, muerte;
muerte, dame á mí su vida!
(Tristan le separa casi á la fuerza del cadáver de Elena: D. Anselmo se acerca á ella.)
(Resistiendo á Tristan.)
No... déjame... más despacio;
tengo miedo de ir allá!
Qué solitario estará

y qué triste el ancho espacio
de mi negro caseron!
No vengas, remordimiento!
quédate aquí, pensamiento!
quédate aquí, corazon!
Y tú, mi viejo Tristan,
pues ya mi ser se derrumba,
arroja en aquella tumba
el cadáver de don Juan!

(D. Anselmo queda de rodillas junto al cuerpo de Elena y apoyando en ella su cabeza cana. Tristan sosteniendo á D. Juan entre sus brazos y llevándoselo poco á poco: D. Juan unas veces le mira con miedo, otras mira á Elena, pero no resiste. Los dos silenciosos y sombríos, formando un grupo negro y fantástico, se alejan hácia el fondo: es como si el negro remordimiento, la eterna soledad y la sin consuelo tristeza se llevasen á D. Juan á su viejo palacio.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EL LIBRO TALONARIO, comedia en un acto, original y en verso.
LA ESPOSA DEL VENGADOR, drama en tres actos, original y en verso.
LA ÚLTIMA NOCHE, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
EN EL PUÑO DE LA ESPADA, drama trágico en tres actos, original y en verso.
UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE, comedia en un acto, original y en verso.
CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
EL GLADIADOR DE RAVENA, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó LOCURA Ó SANTIDAD, drama en tres actos, original y en prosa.
IRIS DE PAZ, comedia en un acto, original y en verso.
PARA TAL CULPA TAL PENA, drama en dos actos, original y en verso.
LO QUE NO PUEDE DECIRSE, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
EN EL PILAR Y EN LA CRUZ, drama original en tres actos y en verso.
CORRER EN POS DE UN IDEAL, comedia original, en tres actos y en verso.
ALGUNAS VECES AQUÍ, drama original en tres actos y en prosa.
MORIR POR NO DESPERTAR, leyenda dramática original en un acto y en verso.
EN EL SENO DE LA MUERTE, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
BODAS TRÁGICAS, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.
MAR SIN ORILLAS, drama original en tres actos y en verso.
LA MUERTE EN LOS LABIOS, drama original en tres actos y en prosa.
EL GRAN GALEOTO, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
HAROLDO EL NORMANDO, leyenda trágica en tres actos y en verso.
LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES. drama en tres actos y en verso.

202191 LS
E184i

Author Echegaray, José

Title Iris de paz. etc.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU